

Hoy es el primer domingo de Adviento. Parece que durante esta temporada muchas personas se sienten estresadas, preguntándose como pueden hacer las cosas que tienen que hacer en las próximas semanas para prepararse para la Navidad. En el bullicio que nos rodea, puede ser un tiempo difícil. No debería ser así. La meditación y la anticipación, no estrés, son el propósito de la temporada. La Iglesia presenta esta temporada de Adviento como un tiempo para hacer una pausa y reflexionar. ¿Estamos listos para la venida de nuestro Señor Jesucristo? ¿Estamos preparados para celebrar su nacimiento? ¿Estamos listos para su segunda venida? ¿Estamos haciendo espacio en nuestros corazones, aquí y ahora, para recibirlo en una relación más estrecha, más íntima? Yo sé, como ustedes saben, que es mucho más fácil para mí decir, «Detente, haz tiempo para meditación; haz tiempo para reflexión,» que es ser capaz de hacer ese tiempo. Todo lo que yo sé decir es, «Hagamos lo mejor que podamos».

Este Adviento puede parecer especialmente difícil para calmar nuestras mentes, vivir como lo hacemos en un estado de incertidumbre y ansiedad. Confío en que las lecturas para hoy, este primer domingo de Adviento, este primer día del nuevo año litúrgico, traerán esperanza, porque comienzan con un mensaje de esperanza y consuelo: «Se acercan los días, dice el Señor, en que cumpliré la promesa que hice . . .». Esta lectura de Jeremías fue concebida originalmente para animar a un pueblo devastado por la guerra, a un pueblo cuyo país había invadido y cuyos líderes habían sido asesinados o llevados por el enemigo—sin duda no muy diferente de las personas que sufren en todo el mundo de hoy. Los israelitas no estaban seguros de lo que esperaban en el futuro ni de lo que pasarían de ellos ¿Había olvidado Dios sus promesas? ¿Ya él no los ama y los cuida? Fue en este contexto que Jeremías los comparaba a un bosque que había sido cortado, dejándolos sin seguridad, sin recursos. Me recuerda a las áreas incineradas de California que he visto desde la conflagración destructora.

Fue a este pueblo que Dios prometió que desde esa tierra árida, un brote pequeño, un pequeño signo de la vida surgiría del tocón sin vida: «. . . yo haré nacer del tronco de David un vástago santo, que ejercerá la justicia y el derecho en la tierra». Dios siguió a prometerles, no solo que Judá será seguro algún día, sino también que Jerusalén, su gran ciudad, sería seguro. Al pueblo de Dios que vivía en Babilonia en esa época, la promesa habría parecido más allá de la comprensión, casi imposible, pero al mismo tiempo, escucharon esa promesa de esperanza.

A nosotros también Dios promete la seguridad, la protección, y el amor. Las lecturas de las últimas semanas de tiempo ordinario y las primeras semanas de Adviento están escogidas para que consideremos la vida que tenemos hoy día. ¿Cómo viviremos esa vida? ¿Estamos vagando en exilio sin objetivos y confundidos? O, ¿realmente creemos en nuestros corazones que Dios está aquí con nosotros ahora en nuestra vida diaria, ayudándonos a vivir seguros?

En el Evangelio de San Lucas, Jesús, con su profunda familiaridad con las lecturas del Antiguo Testamento sobre «los tiempos finales,» ofrece una visión de un mundo desordenado. El sol y la luna ya no están en la alineación y el rugido del mar y de las olas aterroriza a la gente. Nosotros, sin embargo, no deberíamos tener miedo, porque Jesús dice que entonces nosotros veremos «al Hijo del hombre en una nube, con gran poder y majestad. Cuando estas cosas comiencen a suceder, [Jesús nos dice] pongan atención y levanten la cabeza, porque se acerca la hora de su liberación». Es como si Dios esta recordándonos que cuando todas las cosas parecen

desequilibradas y desordenadas, nosotros debemos recordar que él es Dios y que él es fiel a sus promesas.

Jesús sabe las preocupaciones de la vida cotidiana y nos dice, «Estén alerta, para que los vicios, con el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida no entorpezcan su mente». Podemos sentirnos ansiosos de todo, desde el terrorismo hasta el desorden en nuestro país hasta nuestras preocupaciones personales y familiares. Pero Jesús nos ofrece esperanza, consuelo, y su amor incondicional. Nos aconseja estar vigilante y de orar en todo momento. Lo que realmente quiere es que conozcamos la profundidad de su amor para nosotros y como aprecia a cada uno de nosotros. Muchas veces he dicho que no entiendo cómo se puede vivir sin esta fe.

Confiar en el amor de Dios me libera del miedo y de la sensación que puesto que yo solo soy responsable, yo debo tomar el control de mi vida y de la vida de mi familia. No es verdad que nosotros solo somos responsable. Aunque no podemos verlo ahora, por la fe, sabemos que Dios está en control; no lo somos, ni necesitamos serlo. Yo—nosotros necesitamos comenzar cada mañana al traer a Dios en oración nuestras preocupaciones sobre las responsables del día, todos nuestros temores y preocupaciones. Necesitamos pedirle que nos ayude a sentir cuán profundamente nos ama; necesitamos pedirle a ayudarnos a soltar todos nuestros miedos y preocupaciones que nos pueden abrumar.

No puedo pensar en una mejor manera de concluir esta homilía que dirigir nuestra atención a las palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo: «. . . busquen primero [el reino de Dios] y su justicia, y se les darán también todas esas cosas. No se preocupen por el día de mañana, pues el día de mañana se preocupará por sí mismo» (San Mateo 6:33-34).